



Doncella broquelera

por Marc H. Wyman

y Chris Bagues

Relato de Gushémal

Otros relatos del mundo de Gushémal

- El llamado del dragón, Partes I y II
- La ruina y la esperanza
- El eterno guerrero
- La niñez del guerrero
- Promesa solemne

Lean estos relatos en nuestro sitio de Internet:

http://www.gushemal.com/stories_esp.htm

¡Lean también los “Relatos de los viajeros del mundo”!

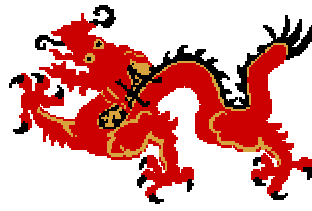
Bájenlos del siguiente enlace:

http://www.gushemal.com/si_esp/download.htm

© 2002 de T.I.P. Entertainment

Se autoriza la distribución gratuita de este texto, siempre que se mencione a los titulares de la propiedad intelectual y los autores (o bien, si se respeta la integridad del texto).

Los comentarios sobre este relato diríjanlos a marc@gushemal.com. ¡Siempre estamos a la espera de la respuesta de ustedes! (De indicarse expresamente, sus comentarios tienen posibilidad de aparecer en el sitio de Internet.)



La muerte era un tema en el que rara vez pensaba Cornell. Para él no era más que otra batalla que librar, otro monstruo al que combatir dentro de mucho tiempo. En sus viajes conoció a muchos a los que aterrizzaba la idea de la muerte, y que tomaban las precauciones más curiosas: se escondían en laberintos para que los mensajeros de la Muerte no los hallaran. Un señor de poca monta de la provincia de Kraznyczar había contratado a un duende para que resucitara al mercader en caso de muerte.

Cornell había intentado explicarle lo ridículo de tal perspectiva. Los duendes sí resucitaban (razón por la cual eran guerreros tan temibles), mas a los humanos jamás les harían efecto estos hechizos. Ni siquiera al señor, que contaba con uno o dos duendes entre sus ancestros, al juzgar por el tono azulado de las yemas de los dedos. (Que, quizá, fuera sólo tinta.)

Un día de estos, Cornell iba a regresar a Kraznyczar a ver si el dichoso señor se había dado cuenta del absurdo.

Siempre y cuando, desde luego, primero no tuviera que comenzar a preocuparse de su propia muerte hoy.

El cadáver de su corcel se hallaba tendido a unos cuatro metros de él, y sus pertenencias estaban esparcidas en la arena del desierto casi en la misma dirección en la que habían arrojado a Cornell. La ballesta estaba enterrada por la mitad, y la alforja, totalmente descosida, se hallaba un poco más cerca. Su vuelo se había visto interrumpido por una pequeña caída en una duna, y apenas sí pudo hacerse del estuche de cuero con las dagas.

Que de poco le servirían contra la inmensa sombra que se cernía sobre el cadáver: una amplia masa con cierta semejanza lejana a una rana, si es que tal rana tenía casi la misma altura de un ser humano con espaldas bastante más anchas que el hombre común, cubiertas con una costra amarillenta de arena y saliva que ya no disimulaba por completo el cuero de la criatura, que con sus poderosas patas se acercaba al cadáver y con sus diminutos brazos intentaba compensar sus tremendas mandíbulas, que hurgaban en la carroña. La sangre, que brotaba con todas las ganas, limpiaba el revoltijo de baba y arena, empapando el amarillo suelo.

Ahora mismo el crustaceus se hallaba ocupado con el corcel de Cornell, del que arrancaba trozos enteros, a los que devoraba al instante. La cabeza ya había desaparecido, al igual que dos piernas; el resto, seguramente, no le llevaría mucho tiempo más a la criatura.

Tras lo cual Cornell pasaría a ser un buen segundo plato, justo para completar el banquete.

Comenzó a revisar el suelo con más detenimiento, siguiendo con la búsqueda de su espada. La llevaba en la vaina en el viaje, mas, cuando el crustaceus se arrojó sobre ellos, se cayó. ¿Dónde había ido a parar?

Allí estaba su diario, cuyas valiosas páginas se agitaban en el viento del desierto. Medio enterrado se hallaba el bastón de dragón de Modayre, poseedor de un valor inconmensurable, que había quedado inutilizado. Ah, sí, claro, si todavía funcionara, el crustaceus estaría frito en un instante y quemándose... “*Sigue mirando*”, se advirtió a sí mismo. Allí estaba su bolsa de agua, sin el corcho y con el líquido que se derramaba en la oscura arena. Y la ballesta parecía hacerle burla: sobresalía del suelo y tenía dos saetas al lado, cual si las hubieran dispuesto para cargar el arma.

—¿Dónde está? —exclamó tosiendo Cornell, para quedarse frío de súbito—.

El crustaceus se detuvo a mitad de bocado, levantó la ensangrentada cabeza, y los oscuros círculos de sus ojos se clavaron en el guerrero cayaboreano que estaba en la duna. Otro sabroso manjar, pasó por el cerebritito de la criatura. En un momento, los músculos de sus patas se tensaron como para saltar encima de Cornell, a quien se le aflojó el cuerpo, a la vez que se preguntaba cuánto tiempo evitaría que esas mandíbulas lo engulleran.

Entonces el crustaceus bajó la cabeza y continuó masticando los huesos del actual banquete.

En ese instante, Cornell notó que algo sobre ellos. Justo a una baja altura que lo hacía sobresalir en el azul diáfano se divisaba un punto marrón claro que volaba en círculo. De inmediato se dio cuenta de que se trataba de algo más que un punto, ya que era un cuerpo de reptil alargado y alado. ¡El dragón del desierto!

Precisamente surcaba el aire del desierto a la búsqueda de la presa del día. Cornell coligió que si seguía en la dirección que llevaba, pasaría a casi 300 metros de él y el crustaceus. Demasiado lejos... si es que no se lo atraía...

Con cuidado estiró los brazos y comenzó a gatear, o, mejor dicho, a hundirse en la duna, poco a poco. El crustaceus seguía comiendo, y el dragón lentamente seguía acercándose, pareciéndose cada vez más a un raro murciélago con alas de cuero. Cornell tenía poco tiempo para contemplar la belleza del dragón, mientras seguía sus movimientos e intentaba adivinar el momento en que debería apurarse.

Faltaba un poco más, un poco nomás.

Ya había llegado al pie de la duna, más allá de donde estaba la alforja. Merced a una rápida mirada hacia arriba, se dio cuenta de que el crustaceus casi había terminado con el corcel. Faltaba un par de mordiscos de las tremendas mandíbulas, y ya Cornell veía que los ojos oscuros se dirigían con mayor frecuencia en su dirección. Mas la criatura se tomó su tiempo, por suerte lo suficiente para que el guerrero pusiera en marcha su plan.

Respiró hondo, hizo caso omiso del hedor que le penetraba la nariz y se estiró para alcanzar la ballesta y una de las saetas. Nada de movimientos rápidos —se dijo—, nada que le haga solar pronto la presa al crustaceus. Calzó la saeta en la ranura y, con suma precisión, ajustó la cuerda hacia atrás hasta hacerla calzar en la rueda lateral. La saeta retrocedía y la cuerda se tensaba cada vez más, lo necesario para lanzar el proyectil a una larga distancia.

Un poco nomás.

Se hallaba tan cerca que oía crujir el estómago del crustaceus, incluso al momento en que los últimos restos del corcel recorrían el camino hacia la insaciable barriga. Los huesos seguían crujiendo; sólo sobresalía un casco de entre los dientes.

Seguir esperando.

Cornell dio un giro, divisó al dragón del desierto y levantó la ballesta al mismo tiempo. Apenas hubo apuntado jaló el gatillo, soltando la saeta, al tiempo que se lanzó sobre la duna, para después arrojar el arma. Desesperado se sumergió en la arenosa ladera cual nadador.

Al crustaceus ya lo habían importunado bastante a lo largo del banquete, y se preparaba para dar un brinco sobre el postre. Mas la arena que había levantado el manjar resultó ser otro inconveniente más, y la criatura no tenía ninguna gana de tragar sólo eso si erraba en el salto. Al menos algo de carne tenía que haber. Igualmente, por experiencia sabía que hacía poca falta apresurarse. Estos manjares bípedos no sabían esperar. No como el crustaceus, que, por el contrario, podía permanecer oculto días enteros sin mover un músculo.

La criatura recorría pesadamente los pocos metros que la separaban de su presa.

A esta altura Cornell había conseguido introducir al cabeza y el torso en al duna, y lo asaltaron las dudas sobre la sensatez de su decisión al tiempo que el rostro le quedó cubierto de arena, lo que le quitaba toda esperanza de volver a respirar. Todavía tenía aire en los pulmones para unos segundos más. Cornell se aferró a ellos, con la ferviente esperanza de que ...

De pronto, la duna se desplomó a su alrededor y quedó sepultado en la arena; la conmoción y el aumento de la presión le sacaron el aire de los pulmones. Era un ataúd de granos de arena.

El miedo le hizo mover los brazos, que lo empujaron hacia el costado; daba zarpazos a través de la arena, cavaba que cavaba esperanzado. El crustaceus había quedado en el olvido; lo único que importaba era la oscura y tórrida tumba, el sepulcro del que había que escapar. Sofocado, ansiaba una gota de aire. Siempre le quedaría la duda de cómo fue que pudo seguir, cómo fue que las piernas los siguieron impulsando, cómo fue que las manos siguieron haciendo a un lado la arena; pero, por fin, llegó al aire, tórrido, almizclero y con el hedor a dragón corcel muerto, pero aire al fin, que chupó con todas sus fuerzas creyendo que el dolor lo iba a hacer reventar.

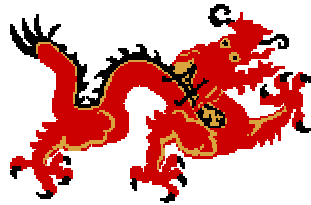
No había pasado más de medio minuto desde que se había introducido en la duna, pero el lapso había alcanzado para cambiar drásticamente la escena que lo rodeaba: de repente, Cornell estaba agradecido que no hubiera nada a la vista más que su cabeza.

A casi veinte metros de él se hallaba tendido sobre la cabeza el crustaceus, hasta cuyos ijares llegaban sinuosos rastros de sangre. Las quijadas todavía se movían en un débil intento de volver a incorporarse por parte de la criatura. Era inútil, concluyó el cayaboreano al ver al punto revestido en cuero revolotear en silencio cada vez más cerca. A los dragones del desierto no les preocupaba la capa de arena y saliva que los crustaceus se colocaban encima. En vez de ignorar a esta sabrosa presa, la levantaban y arrojaban desde el aire, con lo que conseguían remover tal costra, para después...

Las garras del dragón se posaron en las quijadas del crustaceus para desgarrarlo nuevamente; la criatura yacente ya no podía defenderse con sus extremidades, apenas movía las mandíbulas. Para

Cornell se había roto la espalda al caer, ¿o habrá sido que primero el dragón levantó a la criatura y la llevó por la duna, sepultando de paso al guerrero?

Concluyó que el tema no tenía mayor importancia, mientras el dragón procedía a alimentarse. Por lo menos no hacía tanto ruido como el crustaceus.



A la semana, Cornell se hallaba en la mesa de una posada lindante con el desierto Elfadil con su caro porrón de cerveza albinaviana delante de él. El lugar no era muy grande, ni se parecía demasiado a las posadas del sur a las que estaba acostumbrado. En vez de vigas de madera había postes embutidos en el suelo que sostenían la carpa, y telas color castaño claro separaban la fresca interior de las áridas corrientes de aire de afuera. Habían dispuesto tres grandes mesas sobre el piso de madera, que hacían las veces de protección contra los rayeantes que decidieran salir a la superficie; también había un mostrador y una barra en el extremo más cercano de la carpa, que guardaban una notable similitud con el mobiliario común y corriente de las posadas. Al igual que el posadero, un fornido enano caballero que limpiaba copas sentado tranquilamente en el mostrador que había importado de las regiones más civilizadas de Gushémal.

Opinión que seguramente sólo compartían los parroquianos de las mesas, no los que solían utilizar la parte desocupada del suelo de madera. Los beduinos del sueño habían tendido las mantas sobre las que recostaban mientras platicaban en su monótono lenguaje y bebían las incoloras e insípidas bebidas espirituosas que tanto preferían.

“Una cerveza antes que una rareza”, pensó agradecido Cornell, y tomó otro trago.

—Continúa —gruñó el enorme sujeto que tenía enfrente a la vez que posaba la mano en su gigantesca hacha—. El dragón se manducó un crustaceus, pero no tenías corcel.

—Ni agua —intervino un hilo de voz desde debajo de la mesa—. ¡Te olvidas de lo mejor, Gabe! ¡Nada de agua!

Cornell frunció el ceño y miró perplejo al enorme bárbaro, que se encogió de hombros e inclinó para sacar al humanoide que estaba debajo de ellos. En total, medía casi 90 centímetros, y estaba ataviado en una camisa amarilla ceñida al cuerpo y calzones marrón claro. A comparación, sus miembros eran más largos y delgados que los de un humano, y casi parecían de alambre. La diminuta mochila, que le calzaba justo en la parte pequeña de la espalda, se asemejaba mucho a una suerte de prolongación del flaco cuerpo. Para completar la extraña apariencia, tenía una gran cabeza a la que

cubría un cabello rojo ensortijado, un rostro inquisitivo con unos grandes ojos azules que miraban con una alegría inocente a Cornell.

—¡Hola, señor! Me llamo Flink; ¡encantado de conocerlo! ¿Cómo es que usted...

—¿Un alreu? —exclamó Cornell mirando a su viejo amigo ignorando por completo a la criatura—. ¿Justo tú andas con un alreu?

—Bueno, me conviene bastante —respondió en el momento en que Flink se disponía a decir algo, mas Gabe en silencio le tapó la boca con su enorme mano derecha—. Después —dijo el bárbaro, dándole a entender su intención a la pequeña criatura con la mirada—. ¿Está claro?

Poco se veía de la cabeza de Flink. Por suerte, alcanzaba para ver que asintió.

—Ahora bien —dijo Gabe volviendo a Cornell y dejando de lado al alreu—, ¿cómo *hiciste* para sobrevivir?

A su lado, Flink se restregaba la boca con ganas mirando con asco las manos del bárbaro, como si ellas tuvieran la culpa en vez de él mismo, para después olvidar por completo el hecho y sentarse en la mesa cruzado de piernas, ansioso de que Cornell terminara su relato.

El guerrero dio un suspiro.

—No hay mucho que contar. El dragón se comió al crustaceus, después levantó vuelo y regresó a su oasis. Los dragones del desierto no permanecen jamás lejos de uno. Es seguro que vuelven directo al hogar después de matar, por lo que me fijé en la dirección que tomó y aguardé hasta que se hiciera de noche. El dragón estaba dormido, y llené mi bolsa de agua con la del oasis. Me fui de inmediato, me alejé todo lo que pude del animal y...

Cornell volvió a fruncir el ceño al ver con sorpresa que el alreu lo más fresco se estiraba para alcanzar su porrón y beber un trago.

—Muy bien, señor —comentó Flink al volver a poner el vaso en la mesa—. ¡Gracias por invitarme! ¡Y que bueno de su parte haber esperado a que yo bebiera antes de continuar con su historia!

—Sí... —musitó Cornell, ganándose una sonrisa radiante y suspicaz de Gabe ante su incomodidad—. Bueno —dijo negando con la cabeza—, viajé de noche. De día, terminé de hacerme una pantalla con la montura de mi corcel. De comida había unos hongos sombrero... —comentó, e interrumpió el relato al notar las miradas de perplejidad, para después suspirar y pasar a explicarse—. Bueno, los hongos sombrero son plantas. Tienen un gran receptáculo con una especie membrana que lo cubre y atrapa el agua, que contiene montones de animales pequeños; es como si fuera un caldo frío, por así decir. El sabor es horrible, pero alimenta. A los cuatro días, me crucé con la caravana que me trajo hacia aquí. Como ven, no hay gran cosa que contar.

Gabe asintió lentamente, contento con las explicaciones. Por el contrario, Flink meneaba la cabeza de un lado al otro.

—Eh, señor, por una de esas casualidades, ¿no le quedaron algunos de esos hongos? Me encantaría probarlos. “Caldo frío”; bueno, seguro que alguien con mi facilidad de palabra lo describiría mejor, sin ofender, mi estimado señor, pero...

—Flink —dijo Gabe en un tono amable que en absoluto se correspondía con su mirada—, ¿por qué no le preguntas al posadero acerca de estos hongos sombrero? Él vive aquí, en cambio Cornell es de afuera, como nosotros.

—¡Claro! ¡Oh, Gabe, siempre con estas grandes ideas!

Al instante, el alreu había desaparecido de la mesa y se había atravesado a toda prisa la carpa para jorobar al posadero. Entretanto, Cornell se inclinó hacia delante y levantó una ceja.

—Yo conté lo mío, Gabe —dijo con una amplia sonrisa—. Basta de vueltas. ¿Qué haces con un alreu?

Gabe suspiró. Se había dejado crecer una delgada barba desde la última vez que Cornell lo había visto el año anterior. La clara capa rubia que crecía en su prominente mentón no quedaba muy bien en el curtido rostro del bárbaro; el cabello también estaba un poco desaliñado. Al inclinarse Gabe para agarrar algo de su bolsa, Cornell notó que tenía una cicatriz en la sien. No era obra de espadas o hachas, parecía más bien resultado de un latigazo. Por qué —se preguntaba Cornell— Gabe trataba de ocultarla? Justo el grandote que casi siempre se ufana de sus cicatrices.

Un nuevo misterio se develaba ante sus ojos cuando el bárbaro arrojó un grillete en la mesa. Estaba rota, y, según Cornell, habían arrancado con un hacha la juntura, la que habían forjado junto a una pieza ovalada en la que había inscripciones rúnicas rojas.

—¿La cría de Saltek? —exclamó Cornell—. ¿Te atraparon los tratantes de esclavos?

Gabe se encogió de hombros.

—Fue en una taberna. Había tomado demasiada cerveza, me metí una pelea con un enano molesto, ahí nomás otros parroquianos también quisieron una tunda. Lo único que recuerdo es que todo se quedó a oscuras, y al día siguiente tenía puesto el grillete y Saltek me transportaba a Zona Franca. ¿Conoces Zona Franca?

—La oí nombrar. Es una ciudad portuaria en Península Arrufat, no alineada con ninguna nación, ¿no es verdad?

—Yo diría un nido de contrabandistas y piratas. Una desvergüenza. Por suerte, la vi poco, pues Saltek jamás me llevó allí.

En ese momento se le dibujó una amplia sonrisa, y, sin darse cuenta, tomó el mango de su hacha. Cornell no necesitaba mayores explicaciones. La cría era bien conocida en Gushémal: una banda de siniestros elementos de todas las razas que recorría el continente, la que, mayormente, se dedicaba al tráfico de esclavos, y, en ocasiones, también se abrían al robo, el saqueo y el pillaje. Los pobladores se ocultaban cada vez que oían que se acercaba la cría de Saltek, y siempre había futuros héroes que querían dejar su huella deteniéndola. Hasta ahora, ninguno había tenido éxito.

Mas Gabe jamás se consideraría un héroe. Un buen bárbaro guerrero y honorable, seguro; jamás un héroe. Tenía una veta de pragmatismo fruto de los crudos inviernos de su hogar en el sur. Le encantaba el combate, era de salir a buscar cuando no había quien lo tuviera marcado para darle con su acero, ¿pero meterse en una pelea inútil sin motivo alguno? No, eso no es de esperar de Gabe.

Pero Cornell tranquilamente se imaginaba a Gabe defendiendo el solo un pueblo del ataque de la cría, combatiendo hasta el último suspiro o lo caída del último enemigo.

—Así que te las arreglaste para huir —afirmó Cornell—. Y el alreu también era esclavo, ¿no?

—No, no exactamente —dijo Gabe negando con la cabeza—.

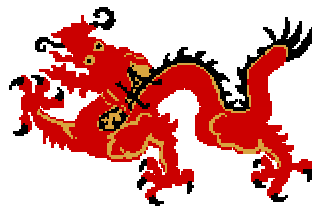
Colocó de nuevo el grillete en su bolsa y recorrió la posada con la vista hasta clavarla en el mostrador donde Flink saltaba a lo loco en el piso, haciendo gala de una impresionante agilidad. El enano caballero había dejado de sacarle brillo a los vasos y observaba al alreu con el ceño bien fruncido.

—Era una mascota —dijo Gabe en voz baja, para asegurarse de que el alreu no lo oyese—. Flink cree que a él lo querían de compañero, y también que querían ayudarlo. Una noche oí de casualidad lo que Saltek realmente tenía en mente para él. Mejor dicho, uno de los roedoreantes de su cría.

—Ah —murmuró Cornell al caer en la cuenta—. La olla.

El bárbaro asintió con gesto adusto. Juntos miraron hacia el mostrador. El alreu ya había dejado sus payasadas, se había subido al mostrador y se sentó enfrente del posadero, escuchando con atención cómo el enano caballero de metro y medio de estatura le decía a los gritos que soltara los vasos con los que jugaba. De inmediato Flink hizo lo que le dijeron. Y los vasos cayeron sobre el mostrador haciéndose millones de brillantes trizas.

—Aunque a veces dudo ... —gruñó Gabe al tiempo que se levantaba para buscar a Flink y pagar los daños—.



El posadero se comía con la mirada a Gabe y Flink, lo que hacía pensar sobre la posibilidad de que la próxima vuelta de tragos viniera aderezada con algo de saliva. El alreu, que, desde luego, estaba en absoluto perturbado, ya se había olvidado de los gritos que le habían pegado y buscaba otra fuente de divertimento. Gabe se encogió de hombros, para después arrastrar a Flink a la mesa sin esfuerzo alguno.

—Manténte a la vista —le advirtió—.

—¿Por qué? Gabe, no me voy a perder como la última vez, en serio...

—¡Quédate! —dijo el bárbaro a voz en cuello, lo que atrajo la atención de algunos beduinos del sueño que estaban cerca de la entrada. Los lugareños morenos se reían entre dientes, señalando al curioso conjunto de sureños. Uno en especial se mostraba divertido: un joven ayudante de mercader de nombre Zhivahad. Él había sido el que halló a Cornell andando a los tumbos en el desierto, al tiempo que le apuntaba al cayaboreano que estaba por morir de inanición con una lanza hecha de

cuernos de rayeante. Después escuchó con gran entusiasmo el relato del encuentro de Cornell con el crustaceus, lo que le valió al último un respeto que ahora parecía hecho migajas.

Una lástima, pensó Cornell. Zhivahad prometía por su manera de manejar la lanza: sus lanzamientos de práctica dieron justo en el blanco. El extremo del arma, ligeramente filoso, sería mortal para unos cuantos oponentes, mas tenía esa impronta juvenil, esa actitud avasalladora hacia los mayores, ninguno de los cuales, estaba seguro, jamás lo superarían. Si Zhivahad dejaba de tener esa actitud, quizá conviniera tenerlo del lado propio.

—¿Acaso andas con ganas de medirme con alguien? —musitó Gabe—.

Cornell parpadeó y se dio cuenta de que había estado mirando al beduino de manera notoria.

—No seas tonto, apenas... ¡Espera! ¿Medirme para *qué*? ¿Acaso tratas de meterme en algún otro lío?

—¡Bueno, no te hice venir hasta aquí por un par de cervezas nada más! —respondió Gabe elevando su porrón y contemplándolo un instante—. Pero, ojo, ¡vaya manera de pasar la noche!

Cornell frunció el entrecejo.

—No esquives el asunto. ¿En qué andas?

—¿Lo puedo decir? —saltó Flink implorándole a Gabe con los ojos, para perder toda esperanza ante la mirada despiadada del enorme bárbaro—. Está bien —balbuceó y volvió a su asiento—, adelante y pásala bien tú solo.

—Eso intento —dijo Gabe asintiendo y, sabiendo que se agotaba la paciencia de Cornell, rápidamente continuó—. Hay una leyenda por estos lares. Quizá un beduino amigo te la haya contado: el Hado de la Doncella Broquelera. Cuenta la leyenda que había una vez dos reinos que se hacían la guerra a lo largo del Desierto Elfadil, ubicados justo al norte y sur de la árida haltera. Ambas tierras se hallaban a punto de derrumbarse, ya agotadas por la guerra, cuando el rey del norte se decidió a proponer la paz. Los sureños se mostraron recelosos, mas él pidió la mano de su hermosa princesa. Un año estuvieron negociando el tratado, hasta que la enviaron al norte para sellar el flamante pacto.

—A ver si adivino —interrumpió Cornell antipático—. Ella nunca llegó a destino. El visir del norte envió una partida de guerreros, o quizá un monstruo, para matar a la princesa. Los del sur creyeron que todo había sido una trama del rey norteño, y recomenzaron la guerra que terminó destruyendo a ambos países. Ni un rastro queda de ellos, excepto la leyenda. ¿No es cierto?

Gabe levantó las cejas ligeramente sorprendido. El alreu sentado en la mesa se mostró menos retraído.

—Increíble, señor, ¿usted lee la mente? ¡Es magnífico, señor, absolutamente maravilloso! ¿Me lo enseña? Debe ser bueno leer los pensamientos de otros; así podré saber de inmediato cómo ayudarlos y...

—¿Nunca se detiene? —murmuró Cornell a Gabe mientras Flink continuó su perorata un rato más—.

—Rara vez —dijo cuando ya Flink se había percatado de que Cornell no le prestaba atención, para después fruncir el ceño y empezar a hacer pucheros; Gabe suspiró, sacó un amuleto roto que llevaba

debajo del chaleco y se lo dio al alreu—. ¿Por qué no intentas arreglar esto? Debe haberse dañado por la caída cerca de Obrosvek.

—¡Claro, Gabe! ¡Quedará como nuevo! —dijo radiante de alegría el alreu, que se puso a buscar diminutas herramientas en su mochila. A los veinte segundos se hallaba completamente absorto en su tarea y se había olvidado de la conversación que se llevaba a cabo—.

El amargo semblante de Cornell apenas había desaparecido a lo largo del intercambio de palabras. Y dijo lo que pensaba.

—Esta no es precisamente una leyenda muy original, Gabe. En nuestros viajes nos hemos topado con decenas de relatos similares, y, en general, su único fin es brindar una explicación por la desaparición o muerte de varios grupos de viajeros en un punto determinado. Quizá se debieron a un par de trampas de hierba que había por allí y que no conocían. Quizá, a una grupo de bandoleros. Uf, los lugareños inventan leyendas. Así que —dijo recogiendo las manos—, ¿qué te hace pensar que esto es diferente?

Gabe negó impaciente con la cabeza.

—¡Porque *es* diferente! Mira, sé cuántas de estas historias resultaron ser pavadas. Aquí está la prueba, en serio. Está bien, escúchame, Cornell. Lo que sí sé es que hay un lugar a aproximadamente dos días de viaje, es una construcción en forma de cúpula, donde criaturas monstruosas han emboscado a cuanto menos dos caravanas. El gobernador de Obrosvek, una de los centros comerciales urbanos del sur de Tonomat, envió una partida para destruir a las criaturas y reclamar los bienes que transportaban las caravanas. Y no pudieron. Flink y yo hallamos un sobreviviente atontado de tanto beber en un bar. Nos contó toda la historia, dentro de lo que sabía. No lo que quedaba mucha inteligencia al pobre infeliz, pero estaba muerto de miedo por ese lugar. Estoy persuadido de que esas emboscadas existieron.

El bárbaro terminó su relato asintiendo convencido y apoyándose en el respaldo de la silla.

Como respuesta, Cornell frunció aún más el ceño. “Criaturas monstruosas” es un término común cuando se recorre regiones poco exploradas. Por su propia naturaleza, al Desierto Elfadil le calza cómodamente tal denominación, por lo que el relato del sobreviviente de la partida parecía bastante verosímil. Lo que planteaba otra pregunta.

—¿Y tú tras qué andas? ¿El honor de vencer a esas criaturas o el tesoro que dejaron las caravanas?

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro Gabe.

—¿Hay alguna diferencia?

Que el bárbaro resuelva las cuestiones filosóficas con un hacha de guerra. Cornell abrió los brazos.

—Ya comprendo todo. Pero el verdadero interrogante es por qué tendría que ayudarte en este... emprendimiento?

La sonrisa de su amigo se hizo más sinuosa.

—Oh, mi idea era recurrir a tu honor. Limpiar el camino, hacerlo seguro para los futuros viajeros, pero después pensé: ¿por qué molestarse? El asunto es que yo voy a esa cúpula a enfrentar a las criaturas. Al juzgar por los relatos, seguro que habrá unas cuantas para mí, incluso con mi fiel *breyell*

—dijo, y le dio una palmada a su hacha—. Y tú no vas a dejarme ir una muerte casi segura sin contar con tu espada a mi lado, ¿o sí, Cornell?

—Te odio —gruñó el guerrero cayaboreano—.

Era obvio que ya había pasado mucho tiempo en compañía del enorme bárbaro, y, una vez más, cayó en la cuenta de lo verdaderamente engañoso del término “bárbaro”.

En ese instante, un grito de alegría salió de los labios de Flink; el alreu brincó a la vista de ellos mostrándole un objeto globular a Gabe.

—¡Listo, lo arreglé! ¿Ves que está perfecto? Como si jamás se hubiera roto.

—Claro que sí, gracias —musitó Gabe distraído, para después extender la mano y quedarse duro con los ojos abiertos—.

Flink sostenía lo que antes había sido un disco chato de bronce con inscripciones talladas, doblado y abollado y con un profundo rasguño en un costado, y ahora era platería con apenas una franja de bronce que asomaba en la parte superior cual diadema sobre una esfera esculpida intrincadamente que iba a la perfección, mas seguía pareciendo hecha a partir de objetos varios. Sobresalía una placa debajo del extremo superior de la diadema, cuyos bordes ovalados quedaban conformados por una serpiente retorcida y el relieve de un oso que bramaba delante de una cascada en el medio.

Gabe por fin tomó lo que supo ser su amuleto y se lo mostró a Cornell para que viera la placa. El guerro tragó saliva sin querer.

—Es una insignia de clan de enanos caballeros. Flink —dijo dirigiéndose al alreu con un tono amistoso a la fuerza—, esto no estaba antes en el amuleto, ¿no es cierto?

El alreu bajó la vista contrito.

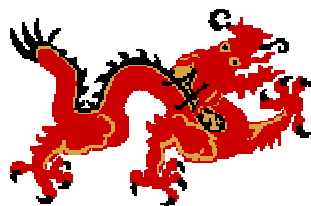
—En realidad... no —dijo Flink lentamente—. Pero ahora se ve mucho mejor, ¿o no? Es que lo hallé en el mostrador, y supe de inmediato que pronto se le daría un buen uso.

Había permanecido contrito aproximadamente cinco segundos, para después levantar rápido la vista radiante hacia los humanos, seguro de su visto bueno.

En vez de agradecer como correspondía el ingenio del alreu, ambos se cruzaron la mirada, tras lo cual Cornell dijo:

—Vámonos. Rápido.

A Gabe la sugerencia le pareció de perillas.



Dos días después Cornell todavía estaba que volaba por el alto precio que tuvo que pagarle a Zhivahad por el nuevo caballo. ¡Cien piezas de oro! ¡Cien! En Cayaboré habría comprado un corcel de guerra por igual valor, e incluso con una buena armadura de malla. ¿Y aquí que consiguió? Una deplorable yegua enjuta que caería muerta de un ataque fulminante si le llegaran a colocar una armadura de verdad.

Mas había que admitir que la yegua levantaba una buena velocidad en el desierto. Sin esfuerzo iba a la par del semental moteado de Gabe, un fino caballo que tenía la apariencia de ser ganado tonomai, y de la cabalgadura de Flink, un caballo enano amarillo, que era el que iba menos cargado, ya que el alreu cabalgaba sin montura o equipaje alguno salvo su mochila. Aunque era obvio que disfrutaba con los saltos constantes, también era claro que no sabía montar del todo. Se sostenía de manera tan precaria que hacía pensar que en cualquier momento se caería del caballo. Hasta ahora, se las había arreglado para mantenerse agarrado, mas esa suerte no duraría mucho más, de eso estaba seguro Cornell.

—Tiene que estar por aquí —dijo Gabe desde su equino, un poco más adelantado del resto—.

Su desaliñada melena flameaba en el viento, que parecía seguirlo desde atrás tan frenéticamente como la crin de su semental.

Le asistía cierta razón. Cada tanto había dunas con líquen, así como montículos de arena con púrpura en la parte superior. Aunque el último también se hallaba en el mismo centro del Elfadil, el primero era prueba que se acercaban al límite del desierto, a las cercanías de las fuentes naturales de agua. Los hongos sombrero se aglomeraban en una franja más prolongada de arena pareja con sus extremos azulados y membranosos de cara al sol.

Incluso Cornell tenía metido en la nariz un lejano aroma al líquido elemento. Un río brotaba de una cordillera menor al sur del Elfadil, cada vez más caudaloso hasta convertirse en el portentoso Cheselain. Tal vez, por el contrario, era sólo un delirio suyo. Las aguas del Cheselain debían hallarse bastante lejos.

De pronto, Gabe refrenó el caballo y levantó la mano.

—¿Qué ocurre? —exclamó Flink ansioso parándose sobre su cabalgadura para ver mejor lo que había adelante—. ¡No veo nada que valga la pena, Gabe! —dijo de inmediato a voz en cuello y con decepción—. ¿No tendría que haber monstruos o algo por el estilo?

Ni el bárbaro ni el guerrero se dignaron a prestarle la más mínima atención a la desilusión del alreu, al tiempo que Cornell se plegaba a su amigo en la delantera. Delante de ellos, las dunas dejaban de aparecer a diestra y siniestra como antes. Cual olas de un mar que baña la orilla, desaparecían chocando suavemente contra lo que una vez fue una construcción de tamaño generoso a la que rodeaba una plaza de mármol, rajado y que había perdido el brillo hacía un largo tiempo ante la erosión de la arena que lo bañaba. El edificio también había padecido los embates del tiempo. Tenía realmente la forma de cúpula, y una base rectangular sólida de piedras del tamaño del hombre, que poco daño había sufrido, excepto por la pintura, que estaba despegada. Sin embargo, había resquicios en la cúpula donde había habido piedras que se cayeron de lugar y ahora dejaban ver el interior de la construcción.

Cornell sintió un escalofrío que ya le era familiar. Sea lo que haya sido, con seguridad a este sitio no lo levantaron para el desierto. Parecía un templo o un palacio, pequeño, dadas sus dimensiones, que encajaría mejor en una ciudad tonomai. Obrosvek, por ejemplo. ¿Acaso aquí hubo alguna vez una ciudad a la que se llevó el desierto hace siglos?

—No hay señales de las caravanas —murmuró Gabe—. Sus restos tendrían que estar desperdigados por todo el lugar.

Cornell asintió con el ceño fruncido.

—Quizá la partida se equivocó, y fueron los bandoleros quienes atacaron las caravanas. Enterraron las carretas y se llevaron el botín junto a sus integrantes.

—Ladrones desgraciados —dijo el bárbaro, y miró con tristeza la cúpula, sin percatarse en absoluto de que él mismo había pensado robar el botín—. Puede que hayan metido los bienes en el edificio, sean monstruos o ladrones —dedujo con fuego en la mirada—. Vamos a ver, ¿te parece?

Cornell se encogió de hombros.

—Si llegamos hasta aquí...

No quería admitirlo, pero parte del fuego del rubio también ardía en su alma. La vida al límite de la pobreza estaba bien para los monjes o los duendes buscadores. El cayaboreano no pertenecía ninguna de esas categorías. Además, después del enflaquecimiento de su bolsillo a manos de Zhivahad, le quedaban unas monedas de oro más.

Lentamente fueron apurando de nuevo la marcha; ambos guerreros escudriñaron con cuidado la plaza y el edificio en busca de señales de enemigos que pudieran aparecer. Flink, desde luego, sólo contemplaba la cúpula, con la curiosidad que le brotaba de sus ojos saltones. Al llegar a la entrada de la sólida base, una cuadrada puerta de metal, volvió a desilusionarse. Ninguna criatura había mostrado el horrible cuero, y el alreu se preguntaba por qué razón había tenido que sufrir el aburrimiento de los últimos dos días. Tal vez, pensó, el interior de la cúpula ofrecería algo interesante; se apeó del caballo enano y salió corriendo hacia la gran puerta para ver si había alguna abertura. Era a todas luces muy pesada para su delgado cuerpo, pero...

—¡Flink! —gritó Cornell exasperado ante la repentina ausencia del alreu a través del diminuto resquicio de los goznes—.

Ni se molestó en mirar a Gabe, se apeó de su corcel y apenas hizo una pausa para atarlo a un poste cercano a la entrada, desenvainar la espada y enfilar hacia las láminas de metal.

Momentos después, Gabe se hallaba a su lado, hecho una sola carne con su hacha *breyell*.

—Empuja —balbuceó Cornell, que ya había echado todo el peso del cuerpo contra la puerta, en vano, hasta que Gabe le agregó la fuerza de sus gruesos tendones y lentamente comenzó a abrirse—.

Ambos hombres apretaron con más fuerza la empuñadura de las armas, para después adentrarse en la cúpula, y detenerse.

—¡Viva!

Flink gritaba de felicidad mientras bajaba, cual si estuviera en un tobogán, por el cortinaje de seda apilado contra una columna derrumbada en el interior de lo que era un tazón dado vuelta. Los

guerreros miraban incrédulos a su alrededor, en particular al alreu, que daba brincos de alegría entre hileras de cajones medio rotos antes de subirse de nuevo a la parte superior de las cortinas.

Fragmentos del techo se hallaban por todo el piso, que quizá fuera un mosaico, según lo que permitían apreciar las capas de polvo y escombros. Además, había abundancia de otros objetos que nada tenían que ver con el despedazamiento de la cúpula. Eran cajones de madera, algunos abiertos y cuyos contenidos se esparcían sin ton ni son: joyas, oro, otros objetos de valor; armas y armaduras, colocadas meticulosamente sobre los restos de los pilares como si sus dueños los hubieran ubicado allí y estuvieran a la espera de que las volvieran a recoger. Lo que resultaba poco probable, considerando cráneos y otros huesos esparcidos por todo el piso circular. Muchos estaban hechos astillas: eran esquirlas que salpicaban el suelo marrón amarillento.

—Bueno —dijo Gabe suspirando y tratando de parecer desilusionado y contento a la vez—, parece que hallamos el tesoro. Juntemos todo lo que podamos llevar en los caballos. ¡Flink!

El bramido llegó a oídos del alreu justo cuando tocaba el suelo por tercera vez desde la llegada de los dos hombres.

—¿No es maravilloso? —exclamó acariciando una de las cortinas de seda—. ¡Más suave que un beso de mi madre!

—Deja ya eso —balbuceó Gabe irritado—. Junta todo lo que puedas y ponlo en los caballos.

Los ojos del alreu se encendieron.

—¡Claro! —gritó, y comenzó a rastrillar con la mirada los objetos que tuvieran más brillo y fueran más bonitos—.

Gabe musitó algo incomprensible mientras se encaminaba hacia un montículo de joyas.

Mientras los dos comenzaban a reunir el botín, Cornell se contuvo y, como quien no quiere la cosa, se metió en la pequeña bolsa que llevaba en la cintura el puñado de monedas más cercano. Había un olor en el salón, a algo más que polvo de años mezclado con osamentas. “Enmohecido” era el adjetivo que más se ajustaba; y una cúpula medio abierta en el desierto no era sitio para que floreciera el moho.

Desde la entrada no podía descifrar de dónde provenía el olor. De a poco, comenzó a encaminarse sin rumbo fijo a través de uno de los serpenteados senderos que se abrían entre los montículos de tesoros esparcidos desbaratadamente por todos lados. Más hacia el centro se hallaba un pilón que sobresalía por su gran tamaño, al que, en su mayoría, constituían géneros similares a los pilones de seda con los que Flink tanto se había solazado hacía un rato nomás.

Sí, el olor se hacía más fuerte aquí, reflexionó Cornell, y apretó la espada entre las manos. Podría haber usado el escudo, mas... tenía uno delante de él, donde comenzaba el montículo del centro. Era más grande que un broquel y parecía estar hecho de pulida madera duéndica oscura, más fuerte que el acero, el material de mayor resistencia que había en Gushémal. El bulto que tenía en el centro era de metal, bronce, al parecer; un elemento decorativo más que nada, fin que el blando elemento en absoluto cumplía ante tanto vejamos sufrido. Ajado y abollado como estaba, resultaban ilegibles las inscripciones en él talladas. Ello no disminuía el valor del escudo, el que, al fin y al cabo, provenía de la madera duéndica.

Era antiguo. Hacía más de un milenio, según los sabios de Cayaboré, que el bronce había dejado de utilizarse en la fabricación de armas. Y era hermoso. El brillo de la madera lustrosa se reflejaba en los ojos de Cornell, que lo atraía y tentaba para que lo levantase se lo calzara en el brazo.

—¡Eh, señor, son míos! —se oyó—.

El diminuto alreu le pasó por al lado como un rayo hacia el pilón de seda; en su apresuramiento, tumbó el escudo al trepar el montículo para volver a jugar al tobogán.

Cornell parpadeó desconcertado. ¿Acaso no había estado buscando el sitio de donde provenía el olor a moho? Y quizá este pilón era el lugar.

—¡Flink! —bramó—, ¿sientes algún olor?

Obtuvo por respuesta un rollo de seda que se estampó contra el suelo, para después ver brincar al alreu hacia una parte más segura del montículo aferrándose a un asta que se parecía al cuerno retorcido de un greñudo unicornio. Otro trofeo más de las caravanas, reflexionó Cornell, que se aprestaba a dar un nuevo grito cuando justo el asta comenzó a levantarse.

Flink no se percató de ello al principio, tan alegre que estaba de no haber sufrido una caída bastante poco agradable. Colgado del asta, se dio vuelta para mirar a Cornell y sonrió al ver al cayaboreano asaltar el montículo de seda con la espada desenvainada.

—¡Yo primero, señor! —ordenó con un grito, disfrutando ya su próximo lanzamiento—.

Entonces sintió un aire cálido y mohoso en la espalda. Se volvió para ver a casi medio metro de su cara el brillo de colmillos lobunos que encerraban fauces de pura oscuridad.

—¡Puf, qué aliento! —quejóse para ubicarse al bies y ver mejor los colmillos, sin darse por enterado del peligro que corría—.

—¡Flink! —rugió Gabe desde casi veinte metros al ver desarmarse de repente al montículo del medio, lo que hizo estallar a seda, joyas y monedas en una lluvia de colores y volar cual mosca a Cornell, y en su lugar se levantó una criatura gigante, cuyo torso, achaparrado y similar al de un perro, descansaba en seis anchas y largas patas—.

Tenía el cuerpo cubierto de un pelaje amarillento, que dejaba paso a piel desnuda a la altura del cuello. Mejor dicho, los cuellos.

Siete cabezas de lobo del tamaño de un caballo enano le salían de su achaparrado cuerpo, al que lo unían cuellos prolongados y sinuosos. En cada frente tenía un largo cuerno con una ligera curvatura, ubicado entre un par de malignos ojos rasgados y encima de una amplia boca con dentadura abundante.

Gabe permaneció medio segundo pasmado y boquiabierto ante lo que había aparecido; acto seguido, su hacha de combate surcó el aire hacia la cabeza de la que pendía Flink. *Breyell* giró una, dos veces, tras lo cual su hoja en forma de media luna se clavó en esa cabeza, a veinticinco centímetros del ojo derecho. De las fauces lobunas salió despedido un alarido, la cabeza comenzó a menearse de dolor y Flink se soltó y cayó gritando enloquecido.

En el suelo, Cornell se hallaba medio sepultado debajo de la seda. No bien terminó de salir de su prisión, el alreu le aterrizó en la espalda, dejándolo sin aire.

—¡Es grandioso, señor! ¡Eso sí es un *verdadero* monstruo!

Furioso, Cornell se quitó de encima al alreu, se incorporó y levantó la espada, justo en el momento en que una hilera de dientes iba por él. Se retorció hacia el costado y embistió con su acero hacia arriba, clavándolo en la quijada de la criatura, al tiempo que pies enfundados en peludas botas se le arremaban con toda la furia.

—¡Ryelneyd!

Gabe recuperó a *bwyell* en el aire, utilizando el hacha clavada como palanca para llegar a la nuca y montarse sobre el corcoveante cráneo. *Bwyell* cayó con todo sobre el último, provocando un profundo tajo del que comenzó a manar sangre. La criatura rugió, y otra de las cabezas se precipitó hacia el bárbaro.

A cuatro metros y medio debajo de él, Cornell sacó una daga del cinturón y la hizo volar hacia la cabeza que arremetía. No pudo ver si había apuntado bien, ya que una tercera cabeza intentó morderlo, haciéndolo perder la posición y e ir a parar directamente con Flink. El alreu cayó sobre él, formándose un revoltijo de brazos y piernas que le sobraban.

—¡Más comida! ¡El grande es de Beavral! —tronó una voz extraña y deforme—.

Una segunda voz, igual de deforme, se acopló gritando:

—¡Mátenme! ¡Mátenme, por favor!

—¡El ojo! ¡El ojo! ¡Me duele!

—¡Cállate y cómete al tipo, Phindar!

—¿Por qué no me matan? ¡Por favor! ¡Por favor, mátenme!

Un coro de voces retumbó en el salón, voces que provenían directamente de las fauces de la criatura; cada cabeza hablaba en un tono diferente, brusco y frenético.

Cornell se quedó mirando. Ahí estaba Gabe, todavía arriba de la cabeza, revoleando el hacha para mantener alejadas a las otras, tres de las cuales realizaban una danza macabra a su alrededor. La cabeza en la que estaba sentado caracoleaba enloquecida cual látigo, cubierta en oscura sangre, y que a cada segundo perdía fuerza. El ojo de una de las cabezas tenía clavada una daga; ¡era la de Cornell! De todas salían alaridos.

—No sabía que los monstruos hablaran —se maravilló Flink tranquilo—. ¿Tiene idea dónde aprendieron, señor?

—¡Maldita sea, esa cosa nos mata! ¿Sabes pelear? —le espetó Cornell—.

Las palabras dejaron atónito al alreu.

—¿Pelear? ¿Por qué? ¿Tengo que hacerlo?

—¡Sí!

Flink se encogió de hombros, tiró hacia delante la mochila y comenzó a buscar algo. A Cornell le habría encantado torcerle el cuello del hombrecillo en ese preciso instante. Por desgracia, otros cuellos, y las cabezas a ellos adheridas, ocupaban su atención, ya que dos de las tres restantes se precipitaron sobre él.

El guerrero se arrojó hacia un lado clavando su acero hacia arriba sin mirar. No halló resistencia ni rasguño alguno, sino solamente...

—¡Sí, eso! ¡Mátenme!

—¡Cállate, Nev, desgraciado cayaboreano cobarde!

—Tú cállate, Beavral. ¡Aquí estoy, guerrero, asesíname!

Cornell recobró la estabilidad; tenía la frente bañada en sudor y, todavía, respiraba sin dificultad. Una de las cabezas avanzó hacia él, mas Cornell se agachó y la esquivó, dio una estocada a la quijada y un codazo con el brazo izquierdo contra el cuello. Acto seguido, brincó hacia el costado; mejor dicho, lo intentó, ya que la segunda cabeza se estampó contra sus costillas. El guerrero cayaboreano se vio de golpe volando por los aires, con un dolor que lo apuñalaba el ijar.

Quedó agazapado por el aterrizaje, después se estiró y arrodilló. Ya tenía que volver a levantar la espada ante ambas cabezas, que se dirigían raudas hacia él.

—¿Va a matarme de una vez? —clamó la izquierda, cuyas quijadas enfilaban céleres para la pierna de Cornell—.

Cornell se arrojó hacia atrás de nuevo, en un intento por incorporarse hacia sus espaldas. El dolor se clavaba de nuevo en su ijar, merced a los colmillos de la cabeza derecha, que le sacaron la piel, apenas errando la mordedura. Cornell cayó al suelo y, de inmediato, se alejó a los tumbos de las cabezas.

En vez del ataque, sintió un alarido inhumano, seguido de un estampido y una voz quejosa que gritaba:

—¿Por qué él? ¡A Beavral *le agradaba* esto! ¡Máteme a *mí*, hombrecillo!

—Eso intento, un minuto —musitó Flink—. ¡Eh, que tengo que recargar!

Tratando de respirar como podía, Cornell levantó la vista y vio al alreu, que protegía un raro artilugio con los brazos, esquivando de un salto a la cabeza restante. Cerca de allí, yacía otra cabeza, ensangrentada en la parte superior y frita... ¿la habían quemado? El cayaboreano tenía poco tiempo para plantearse dudas. Flink todavía tenía la segunda cabeza tras de sí. Milagrosamente, el alreu se apartó de las quijadas, y la cabeza —¿Nev?— imploraba que lo asesinasen.

—¡Quédate quieto! —se quejó Flink—.

Cornell tragó saliva, empuñó con más fuerza su espada, se levantó haciendo fuerza con los brazos y se tropezó con un objeto redondo. ¡El escudo! No acostumbrado a discutir con la buena suerte, el guerrero se lo calzó.

Al ponerse de pie, se sentía casi como nuevo; la adrenalina le había aliviado el dolor.

—Aquí estoy, y te mataré —gritó—.

La cabeza giró, dio un grito de alegría y cargó con sus colmillos contra el guerrero.

Cornell se cubrió con el escudo y dio unas estocadas, que se encontraron con resistencia. La cabeza reculó con gritos de dolor y regocijo. Volvió a la carga de nuevo, mas esta vez fue de costado. “*¡Para volver a tirarme!*” Se decidió por un cambio de táctica, y salió corriendo hacia la cabeza que se aproximaba, para brincar a último momento sobre ella. Clavó la espada en dirección vertical, a la vez que el escudo rebanó el cuerno.

El cayaboreano giró en el aire, mas, antes de pisar el suelo, la cabeza emitió un último rugido, para después caer. “*¡El cuerno!*” Cornell no alcanzaba a comprender por qué sería tan importante, pero le pareció bien aprovechar cualquier ventaja.

—Oh, justo estaba listo para matarlo —murmuró Flink a centímetros detrás del cayaboreano—.

Cornell miró a sus espaldas y vio que el alreu apuntaba hacia delante con el artilugio. Tenía una punta tubular, casi igual que una cerbatana, siendo el resto completamente extraño a los ojos de Cornell.

—¡Mata una de las otras! —gritó—.

—¡Claro!

Los ojos del alreu se encendieron. Levantó el artilugio, apuntó a una de las cabezas restantes del monstruo, apretó el gatillo y una bola azul salió despedida del tubo. Cornell la siguió con la vista todo lo que pudo. La bola se elevó en un arco hacia las cuatro cabezas vivas, ninguna de las cuales se percató del proyectil hasta que impactó en una y estalló. Comenzó a brotar un líquido azul, y a salir humo de la piel. La criatura daba alaridos y corcoveaba frenéticamente.

En vano.

Cornell se quedó pasmado al ver caer de repente la cabeza muerta, carcomida por el ácido, que la quemaba.

Por suerte, las restantes tres cabezas se hallaban igualmente atónitas. Lo que le dio tiempo a Cornell para buscar a Gabe. Teniendo en cuenta el número de las vivas, debe haber matado a la cabeza sobre la que estaba montado. Quizá... cerca de una de ellas había un cuerpo inmóvil con vestimentas de piel salpicadas con rojo profundo por la sangre. A Cornell le dio un tirón en el cuello.

—Flink, recarga y dispara cuando estés listo —dijo con calma—.

Arrimándose el escudo, corrió hacia delante y gritó el nombre de la tribu de Gabe:

—¡Ryelneyd!

Así se lanzó contra la primera cabeza que le salía al cruce, estampó su escudo en los colmillos, le dio una estocada lateral y se montó de un salto, al estilo de Gabe. Su montura era mucho más precaria de lo que esperaba, debido a lo resbaloso y húmedo de la piel de la criatura. No tenía forma de recuperar la espada, tanto que la necesitaba como punto de apoyo para el pie. Sólo le quedaba el escudo, que debía estampar de inmediato en la otra cabeza. Sosteniéndolo inclinado, cortó los colmillos como si fueran de manteca, haciendo recular sorprendida a la cabeza.

—¡Detrás de ti!

La cabeza que tenía debajo corcoveó hacia arriba, y Cornell se vio volando una vez más; detrás de él se precipitaba la tercer cabeza. Sabía que era su mejor alternativa, y tiró un tajo con el escudo en el cuerno al estirarse para alcanzarlo.

El filo del broquel le sacó un trozo al asta, y Cornell tomó el resto con la mano derecha y lo sostuvo firmemente. La cabeza cayó a plomo debajo de él. Cornell siguió sostenido, y su caída se vio amortiguada por el cráneo.

El guerrero, a quien la sangre que le corría a toda velocidad por las venas, miró hacia arriba. Quedaban dos. Una intentaba sacarle la espada a Cornell; la otra iba por él.

—¡Flink! —bramó—. ¡Dispara!

No hubo respuesta.

Ni tiempo.

El cayaboreano se aflojó las correas del escudo, las tomó con la mano y lo lanzó hacia la cabeza. Surcó girando el aire con el destello del bulto de bronce. La cabeza se detuvo un momento, perpleja ante lo que veía. Abrió las quijadas como si la criatura se preguntara qué significaba. Antes de que lo comprendiera, el broquel dio en el blanco, atravesando el asta como si no hubiera nada.

—¡Eso! ¡Lo haces bien, escudado!

No era la voz de Flink, percatóse Cornell de repente; era la misma voz —¡de mujer!— que le había avisado antes sobre la tercer cabeza. Pero eso sólo dejaba...

La única cabeza que seguía viva se restregaba contra la pared. El acero estaba bien clavado, impedido como por arte de magia de quebrarse, inclusive ante la enorme fuerza de la cabeza, que se meneaba descontenta.

—¡Bah! ¿Para qué? —musitó antes de volverse hacia Cornell—.

El cayaboreano se hallaba indefenso. No quedaban armas, no había con qué protegerse; sólo quedaba la agilidad, que escaseaba, al haber exigido el cuerpo más allá del límite.

—No te queda mucho tiempo, escudado —le dijo la cabeza, con una voz que, con certeza, era de mujer, y de un timbre tan humano que lo caló hasta la médula—. Ya no puedo hacer aguantarse el hambre a este monstruo mucho más. Agarra el escudo y corta el cuerno.

Continuaba hablando mientras bajaba hacia el suelo, lo que tornaba fácil llegar al asta. Cornell cumplió rápidamente los deseos, sin siquiera preguntarse por lo extraño de la escena. El broquel de madera duéndica había ido a parar a un pilar, al que atravesó hasta la mitad. Le costó algo de esfuerzo sacarlo, pero salió.

—Date prisa, escudado —lo acicateó la voz, y Cornell se fue presuroso hacia la criatura, cuya cabeza ya se estremecía y mordía el aire, interrumpiendo a las palabras entrecortadas—. El... monstruo...

Cornell tiró una estocada al cuerno con el escudo.

La cabeza emitió un suspiro, para después yacer inmóvil, al igual que el achaparrado cuerpo que estaba detrás.

La pelea había terminado.

Cornell tenía la sensación de que iba a desplomarse en un segundo. Pero no. Todavía no. No sabía con certeza qué les había ocurrido a sus compañeros. Tomó aire, dio la vuelta a la cabeza y miró hacia el sitio en donde había visto caer a Gabe.

Quien se levantó y le hizo señas sin fuerzas.

Flink sonreía.

—¡Señor, eso fue maravilloso! Como le decía a Gabe, bueno, de veras creí que estaba muerto al verlo, por toda la sangre que había, pero era la del monstruo, no la de él. Al menos, no mucha, y le vendé la herida porque eso me dijo mi madre cuando la alguien está... ¿Qué sucede, señor? —inquirió, mientras el júbilo de la voz del alreu daba paso, de pronto, a la curiosidad—.

Cornell se reía con todas las ganas, sin importar lo que le dolían las costillas. Súbitamente, el mundo había pasado a ser un lugar muy luminoso al fin de cuentas. Todo estaba en orden.

Al menos hasta que una voz, con tono más que conocido, dijo:

—¡Sigo vivo! ¡Por un demonio, quería que me mataran! ¿Acaso este idiota del guerrero no hace *nada* bien?

—¡Nev, pedazo de idiota, cierra el hocico! ¿Quieres seguir matando gente?

Ambas voces eran familiares, si bien habían perdido la pronunciación cerrada del monstruo. Cornell, confundido, se preguntaba de dónde provenían.

—¿Por qué yo? —seguía quejoso Nev—. Tú eres la famosa gran doncella broquelera Halla Valfrey, por lo que se supone que esto debe agradarte. ¡Mas no a mí! Apenas soy un humilde contador y...

Entonces intervino una tercera voz, la que antes había estado gritando por su ojo

—Y yo era el mercader que te contrató, Nev, antes de que el monstruo nos engullera a los dos. ¡Por lo tanto, te *ordeno* que te *agrade!*

—Escucha a Phindar —dijo otra vez la voz de mujer, y ambas palabras hicieron que Cornell recuperara el sentido de la realidad: “la doncella broquelera”, había dicho Nev... ¿acaso las voces salían de su escudo?—. ¡Se acabaron los años de estar dentro del monstruo! ¡Los cuatro estamos en el escudo, y podemos volver a nuestra vida con la ayuda de él! A propósito, ¿cómo te llamas, ilustre escudado?

¡Sí! ¡Las voces se hallaban dentro de su escudo! Ahora que le prestaba atención, hasta sentía una ligera vibración en la madera duéndica cada vez que pronunciaban una palabra. Y el bulto de bronce... Antes se hallaba abollado, mas ahora destellaba perfecto, mientras que las runas eran legibles, como si un herrero las hubiera labrado hace unos minutos.

—¡Escudado! ¡Te estoy hablando! —dijo la mujer a voz en cuello para llamarle la atención antes de continuar con su tono humilde pero insistente—. Quisiera saber cómo te llamas. Yo soy Halla Valfrey, doncella broquelera de Keroull. Te lo suplico, ¿cómo te dicen?

—Eh —tartamudeó Cornell—.

—¡Se llama Cornell! —gritó Flink desde unos metros, claramente indiferente ante el hecho de hablarle a un escudo—. Gabe me dijo que es de Cayaboré, no sé su apellido, ¿pero cómo fue que se metieron en el escudo? ¿Y qué hay con el monstruo? ¿Acaso ustedes...?

Era obvio que, para Cornell, quien acalló al alreu, finalmente se trataba de un sueño. Y si así era, él tenía que estar dormido. Por un instante, se detuvo, preguntándose cuánta lógica había en tal idea. Bastante, concluyó, para caer de bruces, ya inconsciente antes de besar el suelo.

FIN